

hasta la cintura en aquellos terribles lodazales y sólo podían salir de ellos en brazos ajenos; muchos murieron de aquel modo por falta de socorro.

Tuvo, pues, que detenerse Napoleón después de haber adelantado dos ó tres jornadas para asegurarse bien de la derrota de los rusos y de su huida hacia el Prégel, á pesar de que nunca habían sido sus soldados más valientes. Concluía dignamente aquella campaña extraordinaria comenzada en el Rhin y terminada en el Vístula con una inmensa pérdida de hombres y cañones por parte del enemigo, y con haber asentado nuestros cuarteles de invierno en el centro de la Polonia. El estado del cielo y del terreno explicaba suficientemente por qué los resultados obtenidos en aquellos días no habían sido tan grandes ni tan rápidos como los que Napoleón había acostumbrado al mundo á presenciar. Sin duda alguna los rusos sorprendidos de no haber sucumbido tan pronto como los prusianos en Jena, los austriacos en Ulm y como ellos mismos en Austerlitz, iban á envanecerse de una derrota menos rápida que de costumbre y á propalar fábulas sobre sus supuestos triunfos; pero no había más remedio que sufrirlo. No hubieran sido en esta ocasión más afortunados que en Austerlitz si hubiera habido como allí hubo lagos helados en vez de intransitables lodazales; pero la estación de todo punto extraordinaria que en vez de un suelo helado nos había dado un terreno cubierto de fango, les había libertado de un desastre. Era un capricho de la fortuna, que hasta entonces había favorecido demasiado á Napoleón para que él no le perdonase esta leve inconsecuencia. Sólo hubiera sido menester que no lo echase en olvido para aprender á conocerla. Además, sus soldados acampados en el Vístula, sus águilas enarboladas en Varsovia, eran un espectáculo demasiado extraordinario para que él se mostrase satisfecho, para que la Europa quedase apaciguada, el Austria aterrada y reprimida, y la Francia con esperanza.

Detívose dos ó tres días en Golymin con la intención de proporcionar á su ejército algún descanso, y el 1.º de enero de 1807 volvió á Varsovia para establecer sus cuarteles de invierno.

Para apreciar debidamente la posición que eligió para acantonar sus tropas, es preciso representarse la forma de las localidades al otro lado del Vístula. La mayor parte de los lagos de que hemos ya hablado muchas veces, que reunidos unos á otros separan á la antigua Prusia de la Polonia, el territorio alemán del territorio esclavón, y la región marítima y rica de la región pobre é interior, vierten sus aguas tierra adentro por una serie de ríos y riachuelos como el Omulew, el Orezyc y el Ukra, los cuales desaguan en el Narew y por el Narew en el Vístula. Y mientras que el Narew recibe por el Omulew, el Orezyc y el Ukra las aguas de los lagos que no pueden vaciarse en el mar y que bajan del Oeste, recibe por el Bug las que bajan del Este y del centro de la Polonia. Confúndese con el Bug en Sierock, y engruesado con todos aquellos afluentes lleva sus caudales por un solo cauce al Vístula, con el cual se junta en Modlin.

Presenta pues el Narew un tronco común que confluye con el Vístula, y al cual se unen como otras tantas ramificaciones el Bug por la derecha, y por la izquierda el Ukra, el Orezyc y el Omulew. Entre estas

varias ramificaciones, apoyándose en el tronco principal hacia Sierock y Modlin, distribuyó Napoleón sus cuerpos de ejército.

Mandó acantonar á Lannes entre el Vístula, el Narew y el Bug en el ángulo formado por estas corrientes, custodiando al mismo tiempo á Varsovia con la división de Suchet, y á Jablona, el puente de Okunin y Sierock, con la división de Gazán. El cuartel general de Lannes estaba en Sierock confluente del Bug y del Narew. El cuerpo del mariscal Davout tuvo que acantonarse en el ángulo descrito por el Bug y el Narew con su cuartel general en Pultusk extendiéndose sus centinelas avanzadas por el Bug hasta Brok y por el Narew hasta Ostrolenka. El cuerpo del mariscal Soult quedó establecido detrás del Orezyc con su cuartel general en Golymin reuniendo á su cuerpo de ejército la reserva de caballería, y pudiendo de este modo proteger la dilatada línea de su frente con los numerosos escuadrones de que disponía.

El cuerpo del mariscal Augereau fué alojado en Plonsk, donde se estableció también su cuartel general, ocupando el ángulo abierto entre el Vístula y el Ukra á la espalda del mariscal Soult. El cuerpo del mariscal Ney fué situado á la extremidad izquierda de Augereau, hacia Mlawa, en el nacimiento del Orezyc y del Ukra, cerca de los lagos, protegiendo el flanco de los cuatro cuerpos de ejército que formaban otros tantos radios alrededor de Varsovia, y uniéndose con el cuerpo del mariscal Bernadotte que defendía el Vístula inferior. Éste, acantonado inmediato á la mar más allá de Graudenza y de Elbing, tenía encargo de guardar el Vístula inferior y de cubrir el asedio de Dantzig, que era indispensable ejecutar para asegurar la posición del ejército. Este sitio, por otra parte, estaba destinado á servir de intermedio entre la campaña que acababa de cerrarse y la que se iba á abrir á la primavera. Todos los cuerpos tenían orden de reconcentrarse no bien se presentase el enemigo, el del mariscal Lannes en Sierock, el del mariscal Davout en Pultusk, el del mariscal Soult en Golymin, el del mariscal Augereau en Plonsk, el del mariscal Ney en Mlawa, y el del mariscal Bernadotte entre Graudenza y Elbing hacia Osterode, los cuatro primeros con encargo de defender á Varsovia, el quinto para poner en comunicación los cuarteles del Narew con los del litoral, y el último para proteger el Vístula inferior y el sitio de Dantzig.

A esta acertada disposición para los acantonamientos se agregaron precauciones que revelaban una previsión admirable.

Como los soldados no habían cesado de rondar por la noche desde el principio de la campaña, es decir, desde el mes de octubre precedente, justo era por fin dejarlos descansar alojándolos en los pueblos, pero de modo que pudieran estar siempre alerta al primer peligro. La caballería ligera, la de línea y la pesada, formadas la una detrás de la otra y apoyadas por algunos destacamentos de infantería ligera, formaban una línea de defensa delante de los acantonamientos para ahuyentar á los cosacos é impedir las sorpresas por medio de frecuentes reconocimientos. Las tropas destinadas á este servicio tan penoso, sobre todo en invierno, se recogían en cabañas hechas de maderas que tanto abundan en Polonia.

Se dió orden de hacer pesquisas en busca de trigo y de las patatas que los habitantes habían enterrado al tiempo de huir, de reunir los ganados dispersos y de establecer con lo que se recogiese almacenes que, anejos á cada cuerpo y regularmente administrados, quedarían defendidos de todo desperdicio. Los cuerpos que no estuviesen en situación ventajosa desde el punto de vista de los recursos alimenticios, debían recibir de Varsovia suplementos en granos, forrajes y carnes. Lo que hubiese de enviárseles debía ir por el Vístula abajo hasta el punto más cercano de cada cuerpo, para desembarcarlo en seguida y trasladarlo con los furgones del ejército ó con los acarrees, que se habían organizado en el país. Había mandado Napoleón pagar en metálico cuantos servicios se prestaran, ya por causa de los polacos á quienes quería tratar con consideración, ya por causa de los pobladores á quienes esperaba reducir por el aliciente del lucro.

Conviene advertir que todos los cuerpos, á pesar de estar acantonados de modo que podían dirigirse rápidamente al punto donde apareciese el peligro, tenían una base en el Vístula ó en el Narew con el objeto de utilizar los transportes por agua; así, tenían el mariscal Lannes en Varsovia, el mariscal Davout en Pultusk, el mariscal Augereau en Wyszogrod, el mariscal Soult en Plock, el mariscal Ney en Thorn y el mariscal Bernadotte en Mariemburgo y en Elbing, una base sobre esta dilatada línea de navegación. En estos diversos puntos debían hallarse sus depósitos, sus hospitales, sus almacenes de vituallas y sus talleres de reparación, porque á ellos era adonde podían llegar con más facilidad todos los materiales necesarios para tales establecimientos.

Sólo vemos en las narraciones comunes de las guerras ejércitos formados y dispuestos á entrar en acción; rara vez paramos la atención en los esfuerzos que cuesta el hacer llegar á su destino al hombre armado, equipado, mantenido, instruido y aguerrido por fin, y más si ha salido herido ó caído enfermo. Todas estas dificultades aumentan á medida que se cambia de clima ó que se va desviando el ejército de su punto de partida. La mayor parte de los generales y de los gobiernos abandonan esta especie de cuidados, y así sus ejércitos se desvanecen como el humo. Sólo los que se consagran á ellos con constancia y acierto consiguen conservar sus tropas numerosas y bien dispuestas. La operación que describimos es el ejemplo más admirable del modo de vencer y sobreponerse á las dificultades de esta especie.

Quiso Napoleón que después de haber elegido los sitios más propios para cada acantonamiento, y reunido los géneros necesarios ó traído de Varsovia los que faltaban, se construyesen hornos y se reparasen los molinos destruidos. Exigió que una vez asegurada la manutención regular de las tropas, y después de haber logrado confeccionar un sobrante de víveres sobre la cantidad indispensable para el consumo diario, se formase una provisión de reserva, de pan, galleta y aguardiente; no en el paraje donde se había fijado el depósito, sino en el punto donde hubiese de verificarse la reunión de cada cuerpo de ejército en caso de ataque. La razón de esta disposición es obvia; deseaba que si una presentación súbita del enemigo obligaba á tomar las armas, todos los cuerpos tuvieran con qué mante-

nerse durante los siete ú ocho primeros días de marcha, pues por lo general éstos le bastaban para llevar á cabo cualquiera grande operación y decidir una campaña.

De lo recaudado en Prusia por el concepto de contribuciones, que primeramente se reunía en el Óder y se transportaba luego al Vístula por medio de los carros de la artillería, mandó dar todas las pagas que se debían, y además concedió socorros extraordinarios á las *masas* de los regimientos. Por *masa* se entiende la cantidad que resulta de la parte que cada soldado deposita de su prest para su manutención, calefacción y vestuario. Era un arbitrio agregado al presupuesto de cada ejército en proporción con la dificultad de proporcionarse víveres, ó con el más pronto deterioro de las prendas que constituían su equipo.

Muy penosos fueron los primeros días de este acuatelamiento en medio de los pantanos y bosques de la Polonia durante los rigores del invierno. Si el frío hubiera sido intenso, á fuerza de quemar los árboles de la Polonia hubiera el soldado sufrido mucho menos con las heladas que con aquella penetrante humedad que empapaba el suelo, imposibilitaba los accesos, aumentaba las penalidades del servicio, entristecía los ojos, amolecía los cuerpos y abatía los corazones. No podía haber en aquellas regiones estación peor que un invierno lluvioso. La temperatura variaba sin cesar de las heladas al deshielo, nunca pasaba de uno ó dos grados de frío, y volvía de continuo á la humedad y temple del otoño, en términos que se deseaba allí tanto el frío como se desean en los hermosos climas el sol y el reverdecimiento de la primavera.

Sin embargo mejoró un tanto la situación al cabo de algunos días. Alojáronse los cuerpos en los pueblos abandonados; las vanguardias se construyeron cabañas con ramas de pinos; se encontró una buena provisión de patatas y bastante carne; pero ya estaban todos hartos de patatas y ansiaban tener pan. Afortunadamente se fueron descubriendo poco á poco los granos que había ocultos en los bosques y se llevaron á los almacenes. También por el Vístula y el Narew se recibieron bastantes de los que los judíos con su industria hacían bajar hasta Varsovia burlando los cordones militares del Austria. Ellos con su astuta corrupción por medio de comerciantes ya prácticos, habían logrado adormecer la vigilancia de los que guardaban la frontera austriaca. Ejecutáronse pues con bastante exactitud los abastecimientos, y se pagaban puntualmente, ya en dinero contante, ya en sales sacadas de los almacenes prusianos. Restableciáronse los hornos y molinos destruidos. Empezaban á organizarse los almacenes de reserva. Llegaban allí también, aunque con alguna mayor dificultad, los vinos necesarios para mantener la sanidad del soldado y su buen humor, procedentes de todas las ciudades del Norte donde los acumula el comercio, y transportados por el Óder, el Warta y el Netze hasta el Vístula. No todos los cuerpos en verdad gozaban de las mismas ventajas. Los de los mariscales Davout y Soult, más internados en la región montuosa y apartados de la navegación del Vístula, eran los más expuestos á las privaciones. Los cuerpos de los mariscales Lannes y Augereau, establecidos más cerca del gran río de la Polonia, sufrían menos necesidades. El infatigable Ney había encontrado con su ingenio y con

su arrojó una mina de abundancia; estaba junto al país alemán, que es sumamente rico, y además se había arriesgado á avanzar hasta las mismas orillas del Prégel, haciendo por allí atrevidas incursiones, llevando á sus soldados en trineos sobre el hielo, y merodeando hasta las mismas puertas de Koenigsberg, que se vió precisado á sorprender y asaltar en cierta ocasión.

El cuerpo de Bernadotte estaba muy bien situado para mantenerse en el Vístula inferior; pero le molestaba mucho la cercanía de las guarniciones prusianas de Graudenza, Dantzig y Elbing, y le quitaba el sacar el fruto que hubiera podido de los recursos del país.

Después de repetidos encuentros con los cosacos, se les obligó á dejar en paz los acantonamientos. Se había advertido que la caballería ligera era suficiente para su custodia, y que la caballería pesada padecía mucho en los acantonamientos avanzados; instruído por lo tanto Napoleón con la experiencia de unos cuantos días, introdujo una variación en sus disposiciones. Trajo otra vez la caballería pesada hacia el Vístula; acantonó en las cercanías de Thorn á los coraceros del general Hautpoul; desde Thorn hasta Varsovia á los dragones de todas las divisiones, y á los coraceros del general Nansouty detrás del Vístula entre este río y el Pilica. La caballería ligera, reforzada con unas cuantas brigadas de dragones, permanecía en las avanzadas; pero fué rehaciéndose en el Vístula, abundante en forrajes, por regimientos de dos en dos. La división de Gudín del cuerpo de Davout, que era la que más había padecido de todo el ejército por haberse hallado en las dos acciones más sangrientas de la guerra, la de Awerstaedt y la de Pultusk, fué enviada á Varsovia para descansar de sus fatigas y combates.

El ejército seguramente no estaba tan bien mantenido en el interior de Polonia como en el campo de Boloña, donde para ocurrir á sus necesidades se habían destinado todos los recursos de la Francia y dos años de tiempo; pero tenía lo necesario, y á veces le sobraba. Napoleón, contestando al ministro Fouché, que le daba parte de los rumores que esparcían los descontentos sobre los padecimientos de nuestros soldados, le escribió estas palabras:

«Es cierto que tenemos escasez de víveres por no haber grandes provisiones en los almacenes de Varsovia y por la imposibilidad de reunir en ellos en poco tiempo una gran cantidad de granos; pero tan absurdo es pensar que se pueda carecer de trigo, vino, carne y patatas en Polonia, como lo era el decir que faltaban en Egipto.

»Tengo en Varsovia depósitos que me suministran cien mil raciones de galleta al día; tengo otro en Thorn; tengo almacenes en Posen, en Lowicz, en toda la línea; tengo en suma con qué mantener al ejército por más de un año. Usted recordará que cuando la expedición de Egipto no faltaban cartas del ejército en que siempre se nos pintaba hambreado. Haga usted escribir todos los artículos en este sentido. Es muy natural que hayamos podido carecer de algunos artículos en el momento de repeler á los rusos de Varsovia: pero las producciones del país son tan abundantes que no hay por qué temer...—Varsovia, 18 de enero de 1807.»

Había no obstante gran número de enfermos, y más aún que de costumbre, en este valiente ejército. Había

muchos atacados de fiebres y de dolores reumáticos, de resultados de las continuas rondas nocturnas con aquella atmósfera fría y aquella tierra húmeda. Por lo que sucedía á los mismos oficiales podía juzgarse cuál sería el estado de los soldados. Muchos mariscales, y particularmente los que llamaban *italianos* y *egipcios* por haber militado en Italia y en Egipto, estaban enfermos de gravedad. Murat no había podido tomar parte en las últimas operaciones sobre el Narew. Augereau por estar enfermo de reumatismo tenía que evitar el contacto del aire frío y húmedo. Lannes, que había caído enfermo en Varsovia, había tenido que separarse del quinto cuerpo que ya no podía mandar.

Coronó Napoleón el esmero empleado con sus soldados con una solicitud no menos esmerada hacia sus enfermos y heridos. Había hecho preparar seis mil camas en Varsovia, y mandó reunir otras tantas poco más ó menos en Thorn, en Posen, y á sus espaldas entre el Vístula y el Óder. Habíase cogido en Berlín mucha lana procedente de los heredamientos de la corona, y una gran cantidad de piezas de lona, con lo que se hicieron colchones para los hospitales. Teniendo además á su disposición la Silesia, que había ocupado el príncipe Jerónimo, tan abundante en telas de todo género, mandó Napoleón comprar una gran cantidad para hacer camisas. Confió especialmente la dirección de los hospitales á Mr. Daru, y prescribió una organización enteramente particular para estos establecimientos. Decidió que hubiese en cada hospital un enfermero mayor, siempre provisto de dinero contante, encargado bajo su responsabilidad de proporcionar á los enfermos lo que hubiesen menester, é intervenido por un sacerdote católico. Este sacerdote, al mismo tiempo de ejercer su ministerio espiritual, debía ejercer también una vigilancia paternal, dar informes al emperador y advertirle de la más leve negligencia que se cometiese con los enfermos, de los cuales por este medio quedaba constituido en protector. Quería Napoleón que este sacerdote tuviese un sueldo, y que cada hospital viniera á ser en cierto modo una especie de parroquia ambulante aneja al ejército.

Tales eran las infinitas atenciones de que cuidaba este gran capitán, á quien el rencor de los partidos representó el día de su caída como un conquistador bárbaro que empujaba los hombres hacia el matadero, sin cuidarse de mantenerlos después de haberlos hecho mutilar, y tratándolos como á los animales que tiraban de sus cañones y bagajes.

Después de haber consagrado su solicitud á los hombres con un celo que no por ser interesado era menos noble, puesto que vemos generales y soberanos que dejan morir de miseria á los soldados que fueron instrumento de su gloria y poderío, dedicó Napoleón sus atenciones á las obras emprendidas en el Vístula, y á que llegaran con puntualidad sus refuerzos, de modo que para la primavera pudiese su ejército presentarse al enemigo más formidable que nunca. Como ya hemos visto, había mandado construir fortificaciones en Praga para que Varsovia pudiera defenderse por sí sola con una simple guarnición caso de seguir él adelante. Después de examinarlo todo por sus propios ojos, resolvió construir ocho reductos, cerrados por la gola, con escarpa y contraescarpa revestidas de madera (revestido cuya uti-

lidad hizo apreciar en breve el sitio de Dantzig), y comprendiendo en su conjunto todo el arrabal de Praga. Quiso agregar una obra que, situada á la espalda de estos ocho reductos, y á la entrada del puente de barcas que unía á Varsovia con Praga, sirviese á un mismo tiempo de baluarte para esta especie de plaza fuerte y de cabeza para el puente de Varsovia. Mandó construir en Okunin, donde se habían establecido puentes sobre el Narew y sobre el Ukra, un conjunto de obras para defenderlos y para garantizar su posesión exclusiva al ejército francés. Lo mismo hizo con el puente de Modlin que había puesto en la confluencia del Vístula y del Narew, sacando partido de una isla para establecer en ella un medio de comunicación y para construir una obra defensiva de la mayor importancia. De este modo aseguró Napoleón todas las comunicaciones entre los tres puentes de Varsovia, de Okunin y de Modlin, en que se cruzaban tantas corrientes caudalosas, quitándose los á los rusos; de modo que estos grandes obstáculos naturales, convertidos en ventajas para él y en insuperables dificultades para el enemigo, llegasen á ser en sus manos poderosos auxiliares de sus maniobras, y pudiesen principalmente quedar abandonados á sí mismos si las necesidades de la guerra le obligaban á subir hacia el Norte más todavía. Completó Napoleón este sistema fortificando de la misma manera á Sierock en la confluencia del Narew y del Bug. Con los bosques que en aquellas regiones abundaban, y con el dinero de que se disponía, no podían faltar nunca materiales ni brazos para emplearlos en construcciones.

Había sacado Napoleón de París dos regimientos de infantería, el 15 de ligeros y el 58 de línea, un regimiento de fusileros de la guardia, y otro regimiento de la guardia municipal. También había sacado un regimiento de Brest, otro de Saint-Lo y otro de Boloña. Estos siete regimientos iban ya marchando, así como los regimientos provisionales destinados á llevar á los batallones de guerra los reclutas de los batallones de depósito. Dos de ellos, el 15 de ligeros y el 58 de línea, se habían adelantado á los otros y agregado al cuerpo del mariscal Mortier, que subió de este modo á ocho regimientos franceses sin contar los regimientos holandeses ó italianos que debían completar su fuerza efectiva. Aprovechando Napoleón este refuerzo, que en la actualidad venía á ser de mero lujo para el octavo cuerpo, porque hasta entonces no parecían amagadas con ningún golpe de mano las orillas del Báltico, destacó el 2 y 15 de ligeros que formaban cuatro mil hombres de buena infantería francesa, les agregó los badenses, los ocho batallones polacos alistados en Posen, la legión del Norte llena de polacos veteranos que servían á la Francia de mucho tiempo atrás, los cuatro soberbios regimientos de coraceros procedentes de Italia, y por último dos de los cinco regimientos de caballería ligera que llegaban también del mismo punto, á saber, el 19 y 23 de cazadores: y formó con estas tropas otro nuevo cuerpo de ejército, al que dió el nombre de décimo cuerpo, por haber dado ya el de noveno al de los alemanes que estaban en la Silesia al mando del príncipe Jerónimo. Confió el mando de este décimo cuerpo al antiguo mariscal Lefebvre que llevó consigo al grande ejército, y á quien dió temporalmente el mando de la infantería de la guardia. Encargóle que circunvalase á Colberg y em-

pezase el asedio de Dantzig. Esta última plaza tenía una importancia capital por la posición que ocupaba en el teatro de la guerra. Dominaba el Vístula inferior, protegía los accesos del enemigo por mar, y contenía inmensos recusos que debían dar al ejército la abundancia si se lograba apoderarse de ella. Por otra parte, mientras no estuviese en nuestro poder, cualquier movimiento ofensivo del enemigo hacia la mar, llevado más allá del Vístula inferior, podía obligarnos á desamparar el Vístula superior y á retroceder hacia el Óder. Por todas esas razones había resuelto Napoleón que el sitio de Dantzig fuese la principal operación de aquel invierno. Empleando la mala estación en la toma de las plazas, quería sitiar no sólo las del Vístula inferior que tenía á su izquierda, sino también las del Óder, auxiliado por el general Vandamme. Estas fortalezas, construidas con esmero por Federico el Grande para hacer definitiva la preciosa conquista que sirvió de fundamento á la gloria de su reinado, ofrecían grandes dificultades no sólo por la extensión y hermosa construcción de las fortificaciones, sino también por las guarniciones encargadas de su defensa. La rendición de Magdeburgo, de Custrin y de Stettin había cubierto de ignominia á los comandantes que las habían entregado bajo el influjo de un desaliento general. Manifestóse en breve una reacción en el ejército prusiano, tan profundamente abatido en un principio después de la batalla de Jena, y el honor indignado habló al corazón de todos los militares, los cuales estaban ya resueltos á morir honrosamente aun sin la menor esperanza de vencer. Fulminó el rey sangrientas amenazas contra los comandantes que entregasen las plazas confiadas á su custodia, sin haber opuesto todos los medios que constituyen una defensa honrosa según las reglas del arte. Además se empezaba ya á comprender la verdadera importancia que iban á adquirir las plazas fuertes situadas á la derecha y á la izquierda de Napoleón, porque eran otros tantos puntos de apoyo de que carecía su marcha atrevida, y debían favorecer la resistencia de sus enemigos. Por lo tanto, todos los comandantes de las guarniciones prusianas estaban ahora bien resueltos á defenderlas enérgicamente.

El príncipe Jerónimo no llevaba consigo más que wurtembergueses y bávaros, y con estas tropas auxiliares un solo regimiento francés, que era el 13 de línea, y además unos cuantos escuadrones franceses de caballería ligera. Los auxiliares alemanes no habían adquirido aún el valor militar de que después hicieron alarde en varias ocasiones; pero el general Vandamme que mandaba el noveno cuerpo á las órdenes del príncipe Jerónimo, y el general Montbrún que mandaba la caballería y el estado mayor francés compuesto de jóvenes llenos de generoso ardimiento, les infundieron en breve el espíritu que animaba á la sazón á nuestro ejército y que éste comunicaba á todas las tropas que estaban en contacto con él. Vandamme, que no había nunca dirigido sitios y que carecía de todos los conocimientos del ingeniero, pero que lo suplía todo con el más acertado instinto bélico, había propuesto asaltar las plazas de Silesia á pesar de que sabía que sus gobernadores estaban decididos á defenderse. Quería emplear un medio que sería eficaz en Magdeburgo, que era el de intimidar á los habitantes para obligarlos á rendirse á pesar de las guarniciones, y empezó á ponerlo por obra en Glogau, que era la plaza

de la Silesia más cercana al Oder inferior y á las rutas militares que seguían nuestras tropas. Allí la guarnición era poco numerosa, y reinaba aún en las filas el desaliento. Mandó Vandamme poner en batería varios morteros y bocas de fuego de grueso calibre, y después de algunas amenazas realizadas redujo la plaza á capitular el día 2 de diciembre. Encontró en ella grandes recursos de artillería y provisiones de toda especie; subió en seguida el Óder arriba y dió principio al asedio de Breslau, situado en este río veinte leguas más allá de Glogau.

Había tomado á Glogau con los wurtembergueses solamente; pero éstos no bastaban para sitiar á Breslau, capital de la Silesia, ciudad de sesenta mil almas, defendida con numerosas y sólidas fortificaciones, con una guarnición de seis mil hombres y un buen comandante. Pero como el príncipe Jerónimo, que se había internado hasta las cercanías de Kalisch mientras el ejército francés hacía su primera entrada en Polonia, había vuelto al Óder así que Napoleón, sólidamente establecido en el Vístula, no necesitó ya del noveno cuerpo á su izquierda, tuvo Vandamme para emprender el asedio de Breslau, además de los wurtembergueses, dos divisiones bávaras con varios artilleros é ingenieros franceses, y además el 13 de línea. Ejecutar el asedio regular de una plaza tan vasta le parecía obra larga y difícil, y por lo tanto procuró como en Glogau intimidar á la población. Eligió en el arrabal de San Nicolás una posición para establecer baterías incendiarias, é hizo llover sobre la ciudad un fuego violento, que sin embargo no produjo el resultado propuesto, merced á la entereza del comandante; entonces trató Vandamme de emprender un ataque más formal. La principal defensa de Breslau era una muralla guarnecida de bastiones, ceñida por un foso profundo que se llenaba con las aguas del Óder; pero observando los ingenieros franceses que aquel recinto no estaba por todas partes igualmente defendido y que por algunos puntos sólo se reducía á una escarpa de tierra, ocurriósele á Vandamme asaltar la muralla, que, no presentando una construcción de fábrica sino un simple repecho cubierto de césped, podía escalar muy bien por soldados decididos y valientes. Era menester antes de todo atravesar en balsas el foso que inundaba el Óder, y mandó disponer todo lo necesario para esta arrojada empresa. Desgraciadamente advirtió los preparativos el enemigo á la importuna claridad de la luna que brilló durante la noche destinada á la ejecución, y la tentativa quedó frustrada. Entretanto, habiendo reunido el príncipe Anhalt-Pless, que mandaba la provincia, varios destacamentos de todas las plazas, y suscitado un levantamiento de paisanos, con lo cual se proporcionó un cuerpo de doce mil hombres, hizo esperar á la guarnición un auxilio por de fuera; pero nada más afortunado para los sitiadores que poder resolver en batalla campal la cuestión de la toma de Breslau. Salíó Vandamme al encuentro del príncipe Anhalt con los bávaros y el 13 de línea francés, le batió dos veces, le derrotó completamente, y volvió á presentarse á vista de la plaza, privada ya de toda esperanza de socorro. Habiendo al mismo tiempo sobrevenido una inmensa helada, resolvió atravesar los fosos sobre el hielo y escalar después la escarpa de tierra. Viéndose el comandante expuesto á una toma por asalto, peligro formidable para una ciudad rica y populosa, accedió á parlamentar, y rindió la plaza

el 7 de enero, después de un mes de resistencia, bajo las mismas condiciones que se habían puesto para Magdeburgo, Custrín y las demás fortalezas de la Prusia.

Esta conquista no sólo era gloriosa, sino también útil en grado eminente por los recursos que proporcionaba al ejército francés, sobre todo por la prepotencia que nos daba en la Silesia, provincia la más rica de la Prusia y una de las más pingües de Europa. Felicitó por ella Napoleón á Vandamme, y después á su hermano Jerónimo, que había dado pruebas de reunir á la inteligencia de un buen oficial todo el arrojo de un valiente soldado.

Pocos días después conquistó también el noveno cuerpo á Brieg, que estaba situada en el Óder más allá de Breslau. Tomado todo el centro de la Silesia, faltaba sólo tomar á Schweidnitz, á Glatz y á Neisse, que cierran las puertas de la Silesia por el lado de la Bohemia. Mandó Napoleón sitiar estas poblaciones unas después de otras, y por lo que á él concernía se decidió á poner por obra una medida rigurosa, conforme no obstante con el derecho de guerra, cual fué el de destruirlas. Por lo tanto mandó volar las fortificaciones de las que habían caído ya en su poder. Al hacerlo así tenía dos razones, la una del momento, la otra por lo que podía suceder en lo venidero. Por entonces no quería diseminar sus tropas multiplicando demasiado los puestos que habían de guardarse, y por lo tocante á lo venidero, no contando ya con la Prusia como con una aliada, advirtiendo todos los días que no convenía lisonjearse de reducir al Austria, no tenía que esperar más que en el desacuerdo que había reinado siempre entre estas dos cortes. Desmantelada la Silesia por parte del Austria, debía llegar á ser para la Prusia un objeto de temores, una ocasión de dispendios y una causa de aniquilamiento.

De este modo el progreso visible de nuestras operaciones, por la espalda y á entrambos lados de nuestro ejército, atestiguaba que el enemigo no podía desbaratarlas puesto que las dejaba llegar á término. Sólo unas cuantas partidas sueltas, procedentes de las plazas de Colberg y de Dantzic, infestaban los caminos, capitaneadas por prisioneros prusianos que habían logrado fugarse. Enviáronse en su persecución varios destacamentos, y sin embargo un ligero accidente, que no produjo consecuencias de gravedad, inspiró un instante de temor por la tranquilidad de la Alemania. La Hesse, cuyo soberano acababa de ser destronado, cuyas plazas acababan de ser destruídas, cuyo ejército acababa de ser disuelto, era naturalmente entre todas las provincias de Alemania la más predispuesta contra los franceses. Aquellos treinta mil licenciados vagabundos, sin paga y sin medios de subsistir, eran, aunque desarmados, un elemento peligroso de que aconsejaba la prudencia purgar el país. Se imaginó alistar parte de ellos sin decirles el servicio á que se les destinaba. La intención era emplearlos en Nápoles; pero habiéndose divulgado el secreto por algunas indiscreciones cometidas en Maguncia, los alistados reunidos se amotinaron diciendo que se trataba de enviar á los hessenses á perecer en las Calabrias. El general Lagrange que mandaba en Hesse no tenía á su disposición sino muy pocas tropas, y los insurreccionados desarmaron un destacamento francés, amenazando levantar toda la Hesse. Pero la previsión

de Napoleón había dispuesto de antemano los medios de precaver este enojoso acontecimiento, porque estaban ya cerca los regimientos provisionales procedentes del Rhin, un regimiento italiano que marchaba á reunirse con el cuerpo del mariscal Mortier, los fusileros de la guardia sacados de París y uno de los regimientos de cazadores procedentes de Italia, los cuales se dirigieron á marchas forzadas hacia Cassel, con lo que la insurrección quedó inmediatamente sofocada.

Quedaba, pues, sojuzgado el dilatado país que se extiende desde el Rhin hasta el Vístula, y desde las montañas de Bohemia al mar del Norte. Íbanse entregando las plazas una después de otra á nuestras tropas, y nuestros refuerzos cruzaban por ellas pacíficamente, cuidando de su policía al mismo tiempo que marchaban hacia el teatro de la guerra para engrosar el grande ejército.

Sin embargo, el general ruso Benningsen había desplegado tal osadía en suponerse vencedor, que el rey de Prusia en Koenigsberg, y el emperador Alejandro en San Petersburgo, habían recibido y aceptado felicitaciones; y á pesar de que los resultados materiales, como la retirada de los rusos sobre el Prégel, nuestro pacífico acantonamiento en el Vístula y los sitios que habíamos emprendido y llevado á cabo en el Óder, fueran suficientes para responder á todas las bravatas de un enemigo que se creía vencedor sólo por no haber sufrido un revés tan completo como el de Austerlitz y el de Jena, sin embargo, se afectó cierto júbilo de todo punto inmóvil. Este júbilo se mostró principalmente en Viena, en el seno de la corte imperial: emperador, archiduques, ministros y magnates, todos se dieron mutuos parabienes; nada más natural y legítimo; lo único que podía extrañarse era el lenguaje que había usado el gabinete de Viena en sus comunicaciones más recientes con Napoleón, lenguaje que quizás traspasaba el límite del disimulo permitido en semejante caso. Pero no duró mucho el error que dió motivo á la alegría de nuestros enemigos; porque Mr. de Lucchesini, que había dejado la corte de Prusia al mismo tiempo que Mr. de Haugwitz, pasaba á la sazón por Viena, trasladándose á Luca, su patria, y como por su parte ya no se hacía ilusiones, ni tenía interés en que los demás se las hicieran, dijo la verdad desnuda sobre los sangrientos reencuentros de que el Vístula acababa de ser teatro. Contó que los lodazales de la Polonia habían paralizado las operaciones de los vencedores y de los vencidos, y permitido á los rusos substraerse á la persecución de los franceses; que batidos aquéllos por todas partes, no tenían ya arbitrio para hacer frente á los formidables soldados de Napoleón, y que debía esperarse que á la primavera, ó quizás á la primera helada, haría éste una irrupción por el Prégel ó el Niemen, poniendo fin á la guerra con una acción ruidosa. Añadía Mr. de Lucchesini, que el ejército francés no estaba ni desalentado ni falto de recursos como se suponía, que se mantenía perfectamente, se había aclimatado al cielo frío y húmedo de la Polonia, del mismo modo que se había acostumbrado años atrás al suelo árido y al sol abrasador del Egipto, y que finalmente tenía una fe ciega en el genio y en la fortuna de su caudillo.

Estas noticias, comunicadas por un observador desinteresado y tranquilo, destruyeron el inmotivado júbilo de los austriacos. La corte de Viena, así para tranquili-

zar á Napoleón con una medida amistosa, como para tener en el cuartel general francés un observador continuo, pidió la autorización de enviar á Varsovia al barón de Vincent. Los ministros de las cortes extranjeras que habían querido seguir á Mr. de Talleyrand á Berlín, y aun á Varsovia algunos de ellos, habían sido cortésmente despedidos como testigos incómodos y muchas veces calumniosos; sin embargo, se consintió á Mr. de Vincent por miramientos al Austria, y para que tuviese también un medio directo de saber la verdad que estábamos interesados en descubrir más bien que en ocultar. El barón de Vincent llegó á Varsovia á fines de enero.

Mientras Napoleón invertía el mes de enero de 1807, ya en consolidar su posición entre el Vístula y el Óder, ya en engrosar su ejército con los refuerzos procedentes de Francia y de Italia, ya por fin en insurreccionar el Oriente contra la Rusia, dispuesto á responder á todo ataque inmediato, pero sin creer que se le acometiese, le estaban disponiendo los rusos á pesar de los rigores de la estación una de las más formidables embestidas. El general Benningsen, después de batido en Pultusk, porque por más que se haya dicho nadie se retira apresuradamente cuando sale vencedor, había pasado el Narew y ocupaba el territorio de landas, pantanos y bosques que se extiende entre el Narew y el Bug. Reuniendo después dos divisiones del general Buxhoevden que éste había dejado en Popowo sobre el Bug, muy inútilmente por cierto, durante los últimos combates, se dirigió por el Narew arriba con ellas, y con las de su ejército que se habían batido en Pultusk. Al mismo tiempo, las dos medias divisiones del general Benningsen que no habían podido alcanzarle, reunidas con las dos divisiones del general Buxhoevden, que se hallaban en Golymin y en Makow, permanecían en la ribera opuesta del Narew, cuyos puentes acababan de llevarse los hielos, de modo que reducidas las dos porciones del ejército ruso á la imposibilidad de comunicarse entre sí, iban subiendo por las orillas del Narew expuestas á ser separadamente destruídas si los franceses hubieran podido saber su situación, y si el estado de los caminos hubiera permitido darlas alcance. Pero no se consigue saberlo todo en la guerra, pues es el más entendido general aquel que á fuerza de estudio y de penetración consigue ignorar algo menos de lo que es costumbre los proyectos del enemigo. En cualquiera otra circunstancia, con su actividad prodigiosa y su arte de aprovecharse de la victoria, pronto hubiera descubierto Napoleón la peligrosa situación del ejército ruso, y hubiera infaliblemente destruído á cualquiera de las dos porciones que hubiera resuelto perseguir; pero hundido en los lodazales, privado de artillería y de pan, se había visto reducido á una inmovilidad completa, y por otra parte, habiendo llevado ya sus soldados hasta los confines de la Europa, consideraba como una especie de crueldad el sujetar su lealtad á más larga prueba.

El general Benningsen y el general Buxhoevden intentaron varias veces reunirse; pero cuantas veces restablecían los puentes otras tantas los arrancaron los hielos, y se vieron precisados á subir el Narew lentamente, manteniéndose como mejor podían y procurando llegar á un paraje donde fuese practicable su reunión. Sin embargo, consiguieron celebrar una entrevista per-